

A LOS TRIUNFOS DE ESPAÑA.



Tornó tu voz divina,
 ¡ó libertad! y á tan sublime acento,
 la madre tierra su cerviz inclina,
 se acalla el ronco viento,
 y el mar hinchado su furor enfrena;
 sólo el esclavo Sena
 por no mostrar sellada la vil frente,
 hundióla vergonzoso en la corriente.

Al eco sacrosanto,
 del hondo sueño de vergüenza y muerte
 despierta España entre el terror y espanto;
 despierta ¡ó Dios! y advierte,
 su cuello uncido por traidora mano
 al carro del tirano;
 y ligada la diestra que algun día
 la tierra encadenaba, al mar regia.

¡Ay! que ya sobre tí su vuelo tienden,
 de oro y sangre sedientas.

¡Quál en tu incauto seno, triste España,
 se cebará su saña!

¡Quánto ¡ay! de muertes y de amargos lloros
 te costarán tus míseros tesoros!

Amada Patria mia,
 guerra, guerra eternal al monstruo fiero;
 sus numerosas huestes desafía,
 vibra el terrible acero,
 hiere, mata, destruye, incendia, arruina
 quanto á tu faz divina
 ofrézcase oprimido en yugo insano,

por la bárbara diestra del tirano,

Ya te miro gloriosa,
las débiles murallas sosteniendo
de la inmortal Valencia, y pavorosa
á la vil turba huyendo.

Con mil contrarias sangres salpicados
los muros celebrados

descubro de Ostalrich y de Gerona,
y los fuertes temblar de Barcelona.

Mas ya en Baylen se mira
el ínclito Reding; su brazo fuerte
es rayo y tempestad: en torno gira
el carro de la muerte,

mil enemigas filas arrollando;

y ante el Héroe temblando

los triunfadores de Austerlitz y Jena,
el cuello ofrecen á servil cadena.

¡Cánticos armoniosos

á los Héroes en sangre humedecidos!

¡Eterna infamia, hierros vergonzosos
á los viles rendidos!

Y tú, digna del lauro inmarcesible,
Zaragoza invencible,

tu nombre volará de gente en gente,
de la helada region al Sur ardiente.

Muertes, ruinas, horrores,
llamas, hambre, perfidia, cruda guerra,
nada de tus heroicos defensores

el fuerte pecho aterra:

de Ulma y Dantzik las decantadas glorias,
los triunfos y victorias

que el valor enemigo eternizaron,
contra tu frágil muro se estrellaron.

¡O Iberia! el vasto mundo

lleno está de tu gloria y de tu fama;
la tierra, el viento, el piélago profundo,
todo tu nombre aclama:
al escucharlo, el negro despotismo
derrúmbase el abismo;
y en un trono de luz del almo Cielo,
la libertad desciende al feliz suelo.

A LA MUERTE

DEL CONDE DE MACEDA.

ROMANCE.

Ay! que el águila orgullosa sobre la inerme Castilla,
tendió sus sangrientas alas; ¿quién detener intentara?
sobre España, y en su seno Tú solo, noble Maceda,
clavó la funesta garra! alma grande, que indignada
contra la pérfida injuria,
¿No escuchais el alarido la prudencia no escucharas.
de la muerte, de las llamas, A las numerosas huestes,
el estallido, el estruendo, seguido de pocos, marchas,
de las aceradas armas? que es temerario el valiente
si ve perecer la patria.
¿No veis el feroz soldado No curas herir de lejos,
que en su frenética rabia sino correr la distancia
los ricos pueblos saquea, que separa al enemigo
los fértiles campos tala? del puñal ú de la espada.
Al tierno infante degüella, El cañon vomita el fuego,
al trémulo anciano arrastra, cruzan el viento las balas,
carga al jóven de cadenas, esquadrones de caballos
y á la doncella de infamia. para atropellarlos marchan.
El torrente embravecido
que el genio del mal lanzara

Nada basta á detenerlos,
sobre las columnas cargan,
y al centro calan, rompiendo
filas de acero erizadas.

Allí no hay golpe sin muerte:
el brazo en sangre se baña,
muere el jinete, el caballo,
el soldado, el que le manda.

Tal el uracan penetra
por la selva entrelazada,
sendero fatal quedando
do quier que rugiendo pasa.

Tímidos calculadores,
en cuyas inertes almas
no sopló el númen divino
de la libertad su llama.

Vuestra cerviz se tendia
al yugo, porque ordenaba
esclavitud un tirano,
que rige una gente esclava.

A qué decir no hay recursos,
habiendo honor en España?
ved si merece los hierros
que el déspota la forjaba.

Id al campo del combate,
ya el hueco bronce no brama,
la ronca trompa ha cesado,
y el grito de la venganza.

Todo es silencio, la luna
de negras nubes cercada,
lentamente por el cielo
camina la faz velada.

Maceda sin vida yace,
sus valientes le acompañan,
mas sobre lagos de sangre
de víctimas inmoladas.

Allí la sombra del héroe,
de los sepulcros alzada,
se presenta de laureles
la sudosa frente ornada.

Su dilacerado pecho
rasgado en profundas llagas,
el amor del patrio suelo
en estas voces exhala.

«España, si mis cenizas
merecen ser aplacadas,
enxuga el amargo llanto
que cien provincias derraman.

Tiende generosamente
tu mano á las prendas caras
del guerrero, que fallece
en las luchas esforzadas.

Su viuda gime en el luto,
á la indigencia entregada,
y al huérfano desvalido
el hambre pálida asalta.

Adoptarlos, sostenerlos,
es obligacion sagrada,
no la libertad maldigan
con su miseria comprada.

Tu mejor sangre es la suya,
guárdate de despreciarla.»
Dixo: y un soplo de viento
disipa la sombra vana.